

Al cerrar el libro, se aplica el oído á la cubierta para oír los latidos de un corazón que en él queda. Está en prosa; pero esa prosa es como la fronda de los árboles: abriga muchos nidos, y en los nidos muchos cantos.

¿Por qué es tan breve? ¿Por qué no está en verso?



PROLOGO

A LOS VERSOS DE ADALBERTO A. ESTEVA.

Tiene el autor del libro que va á leerse una cualidad que le distingue de muchos que publican en volumen sus versos: es poeta; y amén de esta supremacía que mucho le honra, complázcome en reconocerle otra virtud, rarísima en estas regiones de las selvas vírgenes, de los genios incultos, de la vegetación exuberante, de la poesía enmarañada y de los talentos sin peinar: es artista. No predomina en Adalberto Esteva el sentimiento, aunque sí lo posee en dosis suficiente, pues á no ser así, fuera imposible que le llamáramos poeta; no es la ternura cualidad distintiva de sus versos, tan desemejantes de las cántigas que sollozan como de las imprecaciones y blasfemias que, airado lanza á los cielos el ateo ó el pesimista; no hallo en su poesía tintes densamente sombríos, ni arcaísmos y exquisiteces que revelen, más que al vate, al erudito; tampoco le descubro el afeite excesivo, afeminado, á las veces grotesco, de esos *decadentes* — como hoy se les llama, — encaprichados en adornar, con chillantes cintajos ó primorosas bandeletas, momias poéticas: no, es la suya poesía sana y rozagante, sí bien nada tiene de campesina zafia y desaseada; sana por joven y de buena raza; fresca porque se lava diariamente (y no temprano), en rica palangana de alabastro, salpicada de rosas y perfumada con esencia de heliotropo; su carácter predominante es la elegancia, y le asigno prosapia tan alta, que aun creo mirar con cuánto amor meció su cuna la más hermosa de las hechiceras: la imaginación. Hay versos que trascienden á flores silvestres ó con esme-

ro cultivadas: los del poeta que me otorga el honor de ser su prologista, perfuman como las cazoletas áureas en que arde alguna goma aromática preparada hábilmente por la mano del hombre. Hay imágenes en la poesía que parecen reflejadas en la onda corriente, en el cristal límpido de un lago: las de Esteva se reflejan en espejos circuídos por marcos cincelados.

Figurábame, poco ha, al recorrer por vía de repaso, las páginas del libro, que estaba en el tocador de hermosa y noble dama: ¡Qué dulcemente enerva la voluntad el olor de ese frasco bohemio, entreabierto por el tibio soplo de un perfume! ¡Cuán bella la minúscula Afrodita de alabastro que aparece, esbelta y blanca, sobre el ébano de la mesa! ¡Cómo detiene la mirada el hechizo de esa mujer cuyo retrato, en cuadro de filigrana, provoca besos y ríe al mirar que se pierden temblando en el espacio, sin llegar nunca á ella! Y allí la reluciente luna biselada; allá la miniatura de Meissonnier, el paisaje de Corot; la chuchería de París; acullá el canapé de pequeña estatura, cuyo respaldo azul todavía huele á trenzas rubias y hombros níveos; por doquiera, refinamientos, golosinas de la vida moderna, el cartucho de dulces, cerrado por suave lazo de listones; la última novela de Bourget; la esponja feliz que, hinchada de soberbia, nos llama envidiosos, y con mucha razón, á cuantos la miramos; el muñeco de Sèvres; la acuarela casi diáfana; el peine ebúrneo y fino, hecho á tratar con sutilísimos cabellos; la pasta rósea del jabón que más limpia, más blanda y perfumada queda cuando toca ó besa el cutis de su dueña; y la horquilla de oro, el taburete no rugado ni hundido porque no pesan los pies que suelen jugar en él; la cartera de marfil, el guante codicioso, que por mucho abrazar tiene tantos botones y es tan largo; la zapatilla de seda, y el sillón que ha sentido tantas veces el roce de un traje de baile, el araño de un brillante, y el voluptuoso letargo de una bella enamorada.

Tal es el efecto que en mi ánimo causan las poesías de Esteva. En las eróticas, más que el amor exaltado, ardiente, impetuoso que vemos, por ejemplo, en las de Manuel Flores, maestro exímio, reina —pero reina sonriendo,—la amable voluptuosidad. Todo es caricia en ellas; no hincha aún la pasión ese apacible y sibarita río que se adormece en sueño deleitoso, saboreando el atenuado aroma de los cuerpos juveniles que se bañaron en sus ondas al caer la tarde. No muje crecido; no arrastra troncos desenraizados; no brinca, ciego y desgajando su ropaje por encima de ciclópeos peñascos; no moja con

rabiosa espuma las orillas; corre lento, enamorado, pensativo, con paso de quien paladea recuerdos gratos ó duérmese rendido por intensos éxtasis de amor.

Se echa de ver que este poeta, mimado por la suerte y por el arte, no ha tenido aún el terrible encuentro con el amor; que la pasión avasalladora no le ha uncido á su carro; que travesea en el jardín de los amores, pero que todavía no goza ó sufre la influencia de la mujer, que «en medio del camino de la vida» se apodera del hombre, abriendo nuevo cauce á su existencia. LIBRO DEL AMOR llama al suyo, pero tal no es: será LIBRO DEL BESO. El amor muerde.

Pasan las mujeres por las hojas que van á ser leídas, —¿quién rehusaría de grado el placer de leerlas?— como pasaban risueñas por los coquetos bosquecillos de Versalles, siempre huyendo de alguien ó buscando á alguno, esas ninfas retozonas, sin alcurnia mítica, á quienes dieron vida los amores de los próceres é inmortalidad los pinceles de Wateau y de Greutze. Sonríen, besan . . . y se escapan. La imperante, la dominatriz, la *Virginia* ó la *Safo* (no la Safo de Lesbos, sino la Safo de París), la que sorbe una existencia ó deja huella profunda en una vida; la que hace el *tatuaje* de un carácter, no surge, no se levanta de este libro. Brillan lágrimas en sus hojas frescas; pero como luciérnagas que á seguida se apagan, como gotas de rocío que presto se evaporan. Tiene los borrones del amor que dejó caer el descuido, y quita la raspadura, no la mancha indeleble.

Posee Adalberto Esteva, como estilista, grandes cualidades pictóricas. Se ve correr el Jamapa cuando habla de él; siéntese el frescor de sus aguas cerúleas, y ya que traje á cuento esta recordación de una poesía, no incluso en el volumen que presento á guisa de obediente ujier, la aprovecharé en prueba de lo que dejo dicho arriba con relación al temperamento delicado y voluptuoso del autor. Altamirano, en una de sus bellísimas poesías canta al Atoyac, al río encrespado, al de furiosas avenidas. Esteva prefiere, ama, como dicen los galiparlistas, el lago quieto, el golfo sereno, el agua sumisa que, al atardecer, hiende fácilmente la barquilla. Canciones de gondolero veneciano son las suyas, que sólo se alzan cuando los astros resplandecen á la hora de las citas amorosas, y acompañadas por el blando son de las violas. Cuando la siesta enardece los sentidos, al par que agobia voluntades; cuando zumban las abejas, despiértase la musa horaciana de este joven poeta, y tendida en la hamaca, saboreando el jugo del coco ó el zumo de la naranja, abre sus

labios rojos, húmedos, y descubierto el cuello apiñonado, canta. Reposa el espíritu con la lectura de versos así, limpios de esas negruras que se van extendiendo en la poesía moderna y en cuyo fondo tetro resaltan los gatos fantásticos de Baudelaire, los animales deformes de Rollinat, los demiurgos de Pöe, la rojas llamaradas de Richepin, y cadáveres, espectros, aparecidos, esqueletos, carne en putrefacción, visiones de alcohólico, espantos de novicia, sueños de novicia, sueños de verdugo. En estos mares de la poesía predominante -- en Francia sobre todo -- hay olas de éter, olas de morfina, olas de ajeno, brumas de tabaco, y bajo el turbio cristal sólo se deslizan hambrientos los mónstruos marinos y dispone el pulpo sus tentáculos en estratégica aptitud. Leed al Noruego Ibsen, á Maeterlinck, al ruso Tolstói; este último es el que ha bautizado, sin pretenderlo, la poesía de todos ellos, al poner título á un drama: el *Poder de las Tinieblas*. Edgard Pöe se había adelantado á todos estos semilocos, de enorme talento; pero hoy las alas de este cuervo que graznaba el ríspido y espantable *never more*, proyectan sombra densa en dilatadas regiones de la literatura. Sopla viento cargado de quejas y los árboles se estremecen de pavor. Y ya no es el quejido de Heine, ese quejido que salió del corazón atenaceado por la pena; ya no es el lamento elegíaco de Lamartine; ya no es la brillante lágrima de Musset, caída en la copa de ajeno, ni la imprecación colérica de Byron, por más que tenga mucho de ésta: es el grito del epiléptico, el clamor del neurótico en una horrible pesadilla. Huyó la voluptuosidad de esta poesía, bacantemente hermosa, en cuyo desnudo cuerpo se enroscan las víboras de la lujuria.

¿Cómo he de negar las terribles bellezas de esta poesía morbosa? Inspírame ella doble curiosidad: la del artista y la del que explora más osado que Stanley, el continente negro del cerebro humano; pero déjola á sus legítimos poseedores, los enfermos, y me ufano al hallar sanos y alegres á amigos de imaginación tan viva y clara como Esteva.

Ni en sus descripciones de la naturaleza echó de ver esa obscuridad de bosque, tan frecuente en algunos grandes poetas sudamericanos; esas umbrías que parecen deparadas por la Providencia para refugio del esclavo que va huyendo del azote; esos barrancos, tal vez adrede abiertos por los dioses vencidos para que en ellos se precipiten, ocultando con altivez su ignominia ó su desdicha, las razas inmoladas; esas montañas sólo accesibles para el águila y el indio;

esos torrentes que son como la rabia de cien generaciones ya perdidas; ese rojear de ojos sanguinolentos en la fronda; ese rugir de fieras y la ventregada, el culebreo, la víbora, el zumbido de la flecha y la tremenda conjuración de las encinas desenraizadas por el huracán. En el *Tabaré*—libro admirable de Zorrilla de San Martín— se queja la naturaleza, sufriendo al par que su primitivo y despojado señor. Es muy triste la extraña música de ese poema singularísimo. Me viene á la memoria, cuando leo tan melancólicas endechas, este verso de otro poeta americano:

¡Llora, llora Urutaú!

Así, tan plañideras suenan en mi oído.

Numa Pompilio Lloná, en su *Odisea del alma*, en su *Noche de dolor en las montañas*, composiciones de mérito altísimo, da también al verso y á la descripción ese tinte sombrío que parece ser para la luz la marca de la esclavitud.

No busquéis en el libro de Esteva esa poesía descriptiva americana á que he aludido. La suya es plácida, más bien parecida á la de los *lackistas* ingleses, á la de los poetas lamartinianos; al amable naturalista de Saint Pierre, á los cuadros bien matizados, rozagantes de Rafael Obligado; y no por ello pierde su colorido local, su sabor á América, sino que resulta ser la pintura de paisajes mexicanos, hecha por un artista educado en Europa. Para Esteva el paisaje es telón de fondo que ha de servir en espectáculo de sus coloquios amorosos, en sus idilios, en sus duos *bellinianos*, y por lo mismo apropiado á tal uso, juntando en él todo lo hospedador de voluptuosidades, todo lo que aviva el deseo, y todo lo que, satisfecho éste, adormece después en suavísimo letargo; todo lo que de noche brilla para ser visto, como luciérnagas y estrellas, pero sin alumbrar á otros para que nos vean; todo lo que canta, mas no alto y sofocando el rumor de las palabras dichas en voz baja, sino quedo, muy quedo, á modo de apacible serenata ó tañido de violas, dulce acompañamiento del eterno epitalamio, del diálogo inmortal que oyen atentas, mudas y ansiosas en el aire, las almas de los seres por venir.

Ese mar que pinta Esteva es el riñe golfo de Nápoles, no el ponto encrespado que surcó Byron y con el que de igual á igual hablaba: no es el Océano cuyas ondas titánicas escalaban las rocas de Guernsey y Jersey para ver de cerca el augusto desterrado que supo traducir á lengua humana, porque hombres son también los semidioses,

las épicas estrofas del oleaje embravecido; no es el ávido abismo, la sepultura inmensa á donde Heine deseaba echar sus esperanzas, sus lívidas ahogadas, para que, en muerte como en vida fueran pasto de mónstruos; ni el imperio Mirífico de Poséidon; ni el de ondas encubridoras de fecundos amores, pródigas de vida, cristalina bóveda que vela á ojos mortales palacios más deslumbrantes y maravillosos que el palacio de Aladino; no es el prolífico y resplandeciente que con esmaltes gemas y corales pinta Michelet, ni el que surcan pávidos marinos de atezado rostro ó con zozobra ven madres y esposas, tal como nos lo describe Richepin en versos salobres unos, tempestuosos otros, llenos de tumbos, de fosforescencias y de cabrilléos: es la quieta, rumorosa bahía cuya corriente empuja con blandura la barquilla de dos enamorados. *La Gran Azul* es la que canta Esteva, ó mejor dicho, la que olea cantando mientras él habla de amores.

En este libro de ternezas hay un colosal intruso: Napoleón el Unico. ¿Qué viene á hacer en estas páginas el «corso de rala cabellera,» como le llama Augusto Barbier en sus candentes *Yambos*? Acaso, conquistador, codicioso, siempre anhelando nuevas invasiones, había, por fuerza, á toque de clarín, desenvainado el acero, introduciéndose en el libro, usurpando el primero y más alto pedestal.

No debe, empero, pasar adelante ese, que no sintió «el hechizo del eterno femenino,» fué sordo en el concierto perenne de los sexos; fué mudo para decir la balbuciente palabra que derrama la vida. Bien está en la puerta del harem, hermoso como un dios incapaz de humanarse.

Aparte de esa estatua ecuestre, el libro se asemeja á cierto lienzo de Bouguerau: *Las mocedades de Dyonisos*: es un retozo de figuras blancas, ágiles, entre hojas verdes, olorosas, húmedas. No quiero hacer ni una cita de él, porque suele, con impertinencia, el prologuista, arrancar flores para llevarlas á casa y para ornar su ojal con una de ellas, rompiendo así la graciosa armonía del ramillete. ¿Qué es el autor de un preámbulo como este? El que lleva en bandeja de plata ó pobre estaño, en búcaro de porcelana ó tosco barro, un *selam* granadino, un manojo de rosas y aleliés á la hermosa que espera tras de la persiana. Dejo las flores en el calado alfeizar, y me alejo. . . ahí está frunciendo el ceño Napoleón.



ENLUTADA.

En la emoción que ha producido la muerte del Maestro Altamirano, hay que advertir algo que no obedece al respeto, á la admiración, al entusiasmo justamente debidos al literato y al poeta. Otros muchos se van, envueltos en su túnica de púrpura, y presenciamos sus exequias, de cerca ó de lejos, con religiosa veneración; pero no laten mucho nuestros corazones en esos instantes solemnes: eran los idos de estirpe superior á la nuestra; son dioses que por amor á la humanidad se humanizaron y que, una vez concluída su misión sacerdotal, después de haber evangelizado á las gentes, desaparecen arrastrados en su carro de fuego ó en mística ascensión, de pie sobre la nube, vuelven al cielo, augustos é impasibles. Así, como hermosa puesta de sol, fué la agonía de Víctor Hugo. Se elevó radiante aquel inmenso astro, fecundó y vivificó, hasta en su último rayo occiduo, y fué á descansar en el lecho del Océano. No tenemos la osadía de lanzar ningún reproche al Destino, culpándole por aquel hurto al acervo intelectual. Hay que agradecerle la merced que nos hizo en dejarnos al ser divino por largo tiempo entre nosotros.

Además, tanto admiramos á esas individualidades superiores, que no pudimos quererlas con intenso é íntimo cariño. Las veíamos como á mucha distancia de nosotros, allá en esas regiones adonde, según Ovidio, «llega temblando la mirada.» Casi nos humillan.

De otros, menos grandes y hasta de algunos á quienes conviene el epíteto de magnos, puede también decirse que sólo son hermosos, cul-

minantes, excelsos, en el libro, en el verso, en la tribuna. Allí, oficiando, se unen al Espíritu de la suma sapiencia, al verbo inmortal. Después, y fuera ya del templo, distantes del ara, son mortales engreídos con su gloria, hoscos ó avaros.

La suerte, rara vez pródiga en sus dones, al darles talento, inspiración, saber, les niega la más potente y hechiceresca de las virtudes: la simpatía. Cuando esos hombres desaparecen, comprendemos que la humanidad ha perdido mucho; pero nuestros afectos, irreflexivos ó fatales, justos ó injustos, no han perdido nada.

La muerte de Altamirano ha enlutado inteligencias y entristecido corazones. El dictado de Maestro no se lo dió el respeto únicamente, sino el cariño también. Aquel temperamento pasional que, á las veces, en raptos de iracundia, cuya determinante era el amor á una idea ó la obsesión de la elocuencia, hacía aparecer como enemigo virulento, tenía substancialmente una bondad extrema. Esos odios eran ficticios, eran retóricos, eran de momento y nacían de la rabia que por fuerza dan la injusticia, la infamia, el que alguno ó algunos desconozcan méritos reales y —¿por qué no decirlo si esto es esencial en ciertos espíritus privilegiados?— la ignorancia. Altamirano, cuando odiaba, amaba. Amaba la verdad, amaba la justicia, amaba la belleza. Su odio era la nube que pasa fulminando rayos. Su amor, el cielo inalterablemente azul.

Porque supo amar, y amar bien, no deja discípulos, sino huérfanos. Porque fué bueno, piadoso, caritativo, en la acepción más amplia y alta de este vocablo, se eleva hoy, en loor suyo, solemne y elegiaco, un coro triste.

Caritativo: esta es la palabra que caracteriza á ese grande hombre. Yo no sé si otros hay que, más felices, más agraciados por la suerte ó enriquecidos á fuerza de atesorar, posean mayor copia de erudición y doctrina literarias: sé que Altamirano, maestro inolvidable, es el que más ha dado á las letras patrias. ¡Piadoso derrochador, qué falta haces!

Seguía Altamirano con tesón y clarividencia incomparables, todo el movimiento intelectual de su época. Para reposar y como quien nada «haciendo el muerto» en sosegado río, refrescaba su espíritu en las ondas de la literatura griega y latina. Pero no dormía en ellas: sus ojos, que sólo la muerte logró cerrar de veras, seguían siempre el vuelo de las aves, con mirada de augur, el curso de los vientos y el vaivén de las frondas.

Lo radical, lo tópico es que no hacía esa indagación constante é incansable para sí nada más, para satisfacer una necesidad de su pensamiento ávido y curioso, por placer egoísta: hacía para otros, para su familia, para su prole, para su gente, para todos. Divulgaba con indecible facilidad y con incomparable entusiasmo. De apostolado fué la misión que trajo al mundo. Y por eso, aunque su obra propia sea impercedera, le juzga mal quien por ella le avalora. La obra real de Altamirano anda dispersa en muchos cerebros; está fluída en nuestra atmósfera intelectual. Fué ese maestro obrador de belleza en sí y en otros.

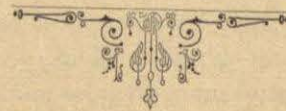
Si hubiera vivido para sí únicamente, habría llegado á ser poeta más grande-todavía de lo que fué; crítico más profundo; escritor más límpido y espléndido; pero no habría formado las dos generaciones literarias que él formó. En esas vive su espíritu: todos los grandes de esas dos noblezas, recibieron su título de él.

La juventud le quiso como la novia al amado. Si por acaso leéis algo en que se censure á Altamirano, estad seguros de que el autor es un viejo.

¿Por qué no quiso llegar á anciano el generoso Maestro? Su muerte fué una coquetería. Y tan compasivo, tan bueno era, que para morir se fué de México, no queriendo darnos la congoja de que siguiéramos palpitantes su agonía.

No es tiempo aún de juzgarle ni de que alce el vuelo la oda que le cante. Hablamos de él porque no es posible hablar de otra cosa; porque necesitamos invenciblemente hablar de él. Pero siempre, aun remontándonos á consideraciones literarias, aun procurando hacer crítica, venimos á caer en este páramo que se llama el dolor. Y se empañan los ojos. . . . y es preciso concluir.

¡Feliz tu, gran literato, en quien veremos siempre al hombre bueno!





AL MAESTRO ALTAMIRANO.

NENIÆ.

Quem virum aut heroa lyrâ, vel acri
Tibiâ sumes celebrare, Clio?
Quem Deum?

HORACIO.

Arrojo mi dolor á lo íntimo del alma; se cierran los ojos turbios de mi cuerpo y quedan abiertos, fijos, deslumbrados, los que jamás húmedo soplo apagará: Miro, Maestro, circuída tu frente por luz de soberano apoteosis, y de mis labios que no sintieron la frialdad de tu cadáver, surge el canto.

¿Por qué enlutada la solemne sede? ¡Volcad cestas de flores! Ayer, ciñendo á tus sienes lauros frescos, te miramos partir, y al Padre Océano, con instante súplica pedimos respeto para tí: hoy, hijo de Horacio, coronado de rosas y de pámpanos, entras augusto á la inmortalidad. ¡No paños luctuosos; no tocas de viudez; no plañideras! Esa mesa es la mesa del festín! Ven, vate griego, levanta tú la crátera espumante y oye el epitalamio que cantamos en tus supremas nupcias con la gloria.

No van á tu sepulcro las Choéphoras, portadoras de libaciones, ni Hermes, «habitador de lo profundo,» viene por tu alma. No preside Electra, sombría y pálida, el coro de las esclavas cuyos cabellos caen, cual si lloraran, sobre las urnas funerales; ni te acompaña doliente séquito de Panatheneas, que nunca olvidan. Son tus ninfas, Maestro, lás que, ufanas, van precediendo el carro de victoria en que te alzas ¡Lémures y larvas, lívidos espectros que rondáis en

la noche, para vosotros está cerrado este recinto! ¡Muerte! hablemos al Inmortal: aquí no tienes tú creyentes!

.....

.....

.....

San Remo es la población riñe y coquetuela que, entre Niza y Génova, parece una canasta de camelias caída y olvidada en el camino. Arriba del alegre caserío está la ermita de San Rómulo, surgiendo de entre un enorme ramillete de palmas. Y de esas palmas, obedeciendo á tradicional costumbre, cortan á millares las que ondulan y se cimbran gráciles en Roma el Domingo de Ramos. Luego esas mismas flámulas de triunfo, reducidas á pavesa, van á fijarse el Miércoles de Ceniza en la frente de los católicos, advirtiéndoles que todo lo humano es efímero, todo es polvo, todo es nada.

No era el Maestro extraño en esa tierra: sin haberle visto, conocíale aquel cielo, como conocía á Byron antes de haberle contemplado de pie sobre las ondas, el mar que llega voluptuoso á las costas de Grecia. Italia, *alma mater*, pudo al fin dar un beso largo y último á su hijo. Tampoco las palmas de San Remo le desconocían: eran para él «recuerdo vago de las florestas donde nació;» símbolo de sus triunfos, y se llamaban como una de las hijas de su corazón. Aquellas palmas se inclinaron, como arrodillándose, el día en que ese Maestro entró á la eterna Jerusalem. Aquellas palmas, en triste Miércoles de Ceniza, vinieron, hechas pavesa, por el aire, á posarse, enlutadas en las frentes nuestras.

Fué esa Ascensión en día funesto: el trece. En el catorce de igual mes asesinaron al semidiós de Altamirano, al gran Guerrero. Puntual á la cita y para no dejar vacío su asiento en el banquete conmemorativo, partió el Maestro y dijo á los Inmortales: Héme aquí!

También, señores, y sigamos eslabonando la misteriosa cadena de la fatalidad cuyos extremos serán siempre invisibles, la fecha en que nos congregamos para cantar al Ausente, es una fecha sagrada.

Los latinos, en fiesta colectiva, celebraban á sus dioses Manes el veintiuno de Febrero. Al aniversario de la muerte llamaban *parentatio*; y á esta solemnidad de hoy, entusiasta y no fúnebre, la *Feralia* ó la *Caristia*. Y eran los Dioses Manes, almas de progeni-

tores divinizadas por la muerte. «Dad á los Manes—dice Cicerón,—lo que suyo es: son hombres que dejaron la existencia, y tenedlos por seres ya divinos.»—El Maestro es uno de nuestros primeros Dioses Manes. Celebremos fervientes su *Caristia*.

Pero aquellos Antiguos, que serán siempre jóvenes para el artista, daban á la muerte una vida aterradora que nosotros no le damos. En el sepulcro encerraban cuerpo y alma. Preso en el fúnebre monumento, sentía el muerto hambre, sed, odio y amor. Agamenón en su tumba pedía venganza. Y esa tumba, en la *Orestia* de Esquilo, es un verdadero personaje con el cual conversan Electra, Orestes y el Coro.

Aquí no hay sepulcro; aquí no hay túmulo! De tú forma corpórea, Maestro excelso, nada queda. Acaso, á haber expirado entre nosotros, habría sido imposible para tí hurtarnos tu cadáver venerando: le reclamaba la tierra, necesitada de sávia, de calor, de energía. Era del barro mexicano, del que formó la figura épica de Morelos, y al acervo común habría calladamente reingresado. Tus hijos, creyendo en tí, y esperando el milagro, hubiéramos guardado, fieles y celosos, todo lo humano que en tí hubo. Pero moriste lejos de tu Hogar; y nada tuyo, esto es, nada de tu yo palpable, á los extraños les dejaste. Nadie secuestra lo que nos pertenece, porque tal fué tu voluntad; el Fuego te arrebató, cual á Rómulo, en su carro; y convertido en ténue leve incienso, subiste al Sol ¡oh esclarecido hijo del Sol! Gracias, gracias de nuevo, buen Maestro!

Hay navidad en las montañas del Olimpo. Ya jamás, contendor hecho á lides que glorifica la epopeya, te miraremos braceando, nudo y sudoroso, en el mar de la existencia; ya nunca, nunca sentirán tus plantas las arenas quemantes del desierto humano; ya no la fatigosa labor diaria encorvará, al atardecer, tu espíritu; ya no para los tuyos, buscarás con esfuerzo el pan y la esperanza; ya eres hermoso, ya eres todo luz, ya eres inmortal. De tí no queda la materia torpe, y, límpida tu alma, entra radiante y vencedora á la región en donde cantan los ruidos, á la vida sin sombras y perpetuamente diáfana.

¡Salve, feliz amado de la Gloria! Ovidio, en la elegía tercera de sus *Tristes*, exclamaba: «Guardad en modesta urna mis cenizas y llevadlas á Roma. Así, después de muerto, no estaré en exilio.» Ese, de cierto, fué tu último voto, buen Maestro, y juramos cum-

plirlo. Pero en este instante estás aquí, reencarnas en nuestro pensamiento, y reverentes, pálidos, te presentamos el cáliz de la boda. Entona el himno.

Como Orestes en la esquiliana trilogía, yo te digo:

—Aquí estoy y te llamo, Padre, escúchame.⁽¹⁾

(1) Elegía pronunciada en la velada fúnebre que el «Liceo Mexicano» celebró en honor del Maestro Altamirano.



CARTA ABIERTA (1)

AL SR. D. ANGEL FRANCO.

Ante todo, Sr. D. Angel Franco, perdone Ud. lo tardío de mi respuesta y no atribuya esa tardanza á descortesía, pues no me resigno á que me desestime quien, aunque yo no le conozca, es ya mi amigo: ocupaciones y preocupaciones ineludibles me impidieron escribir esta carta en sazón. Dice Ud., dirigiéndose á mi, lo que á seguida copio, para ahorrarme el trabajo de exponer la cuestión, si bien declarando anticipadamente que sólo á indulgencia excesiva atribuyo las frases encomiásticas de Ud. para mí:

«Usted que es tan inteligente y que sabe tanto, ha de ser bondadoso. La altivez de su talento no debe humillar á los que respetuosamente se acercan á Ud. para aprender. Que de las alturas descienda el consejo que ilustra. Hoy que glorias mezquinas ó falsas dan el espectáculo cómico de su cólera sublevada al toque de la sátira, enseñe Ud., poeta, cuál debe ser la noble actitud del mérito.

«¿Qué puede temer su fama, esa vestal inviolable, bellísima, luminosa y casta?—¿No sabe Ud. que las emperatrices suelen bajar á las humildes chozas? ¿No sabe Ud. que tornan á su palacio sin salpicaduras en la púrpura imperial?

«Provechoso será su ejemplo en medio de este hervidero de presunciones locas, de luchas desesperadas.

«Permítame Ud. que le interrogue, y sirvan su bondad y mi admi-

(1) Respuesta á una carta que escribió al Duque, D. José Ferrel, con el pseudónimo indicado arriba.